

El giro transnacional en estudios latinoamericanos. Una hoja de ruta

The Transnational Turn in Latin American Studies. A Roadmap

Luis Roniger*

Recibido: 29 de enero de 2025

Aceptado: 7 de abril de 2025

RESUMEN

El presente artículo subraya la relevancia de integrar enfoques transnacionales en la investigación sobre estudios latinoamericanos. Propone reconocer el impacto de fuerzas y procesos que trascienden fronteras, los cuales han moldeado históricamente a las sociedades de la región más allá de sus contextos locales. Este enfoque transnacional no solo posibilita el análisis de las diversas realidades estatales desde una perspectiva país por país o mediante enfoques comparativos y de relaciones internacionales, sino que también plantea la necesidad de examinar América Latina como un espacio interconectado. Solo a través de esta mirada amplia será posible comprender de manera integral cómo se articulan las dinámicas locales y nacionales con los procesos globales. Adicionalmente, el texto recoge aportes teóricos clave que han impulsado esta línea de investigación y exemplifica su utilidad al delimitar áreas específicas —estudiadas en profundidad y desde una temporalidad extensa— donde el análisis trans-

ABSTRACT

This article highlights the importance of integrating transnational approaches into research on Latin American studies. It proposes to recognize the impact of forces and processes that transcend borders, which have historically shaped societies in the region beyond their local contexts. This transnational approach not only enables the analysis of the various state realities from a country-by-country perspective or through comparative and international relations approaches but also raises the need to examine Latin America as an interconnected space. Adding this perspective allows to comprehensively understand how local and national dynamics are articulated with global processes. Additionally, the text reviews key theoretical contributions that have driven this line of research and exemplifies its usefulness by delimiting specific areas—studied in depth and from a long temporality—where transnational analysis emerges as a central tool. These contributions reinforce the idea that this approach

* Wake Forest University, Estados Unidos. Correo electrónico: <ronigerl@wfu.edu>.

nacional emerge como herramienta central. Estas contribuciones refuerzan la idea de que dicho enfoque enriquece tanto la metodología como los marcos interpretativos en las ciencias sociales.

Palabras clave: transnacionalismo; estudios latinoamericanos; América Latina; Estados nacionales.

enriches both the methodology and the interpretative frameworks in the social sciences.

Keywords: transnationalism; Latin American studies; Latin America; nation states.

Introducción

Este artículo propone un replanteamiento crítico de las dimensiones transnacionales inscritas en el devenir histórico de América Latina. El giro transnacional aquí defendido no solo cuestiona metodologías historicistas y ciertos enfoques de las ciencias sociales que han privilegiado al Estado nación como unidad analítica hegemónica, sino que además ofrece un marco teórico para superar el reduccionismo de asumir correlaciones fijas entre: *a) la residencia territorial, b) los criterios de ciudadanía o membresía política y c) las identidades nacionales*. Tal enfoque evita caer en el error conceptual de naturalizar la convergencia automática entre estas tres dimensiones autónomas de la vida social, como si estas dimensiones autónomas de la vida social convergieran de forma inherente y se fusionaran sin fisuras.

La perspectiva transnacional es necesaria en estudios latinoamericanos, ya que se presenta como un complemento analítico a los estudios comparativos y de relaciones internacionales, al rastrear las múltiples formas en que las sociedades latinoamericanas —o sectores específicos dentro de ellas— se influencian mutuamente de formas diversas. Esta óptica puede contribuir al estudio histórico y sociológico de las zonas fronterizas; los contactos y redes entre individuos y sectores de diferentes países, ya sean activistas, militares o criminales, entre otros; el papel y el impacto de los exiliados políticos, los migrantes, los viajeros y los extranjeros que van y vienen a través de las fronteras estatales; el estudio de intercambios culturales y comerciales; las diásporas nacionales, religiosas o étnicas; la transferencia de ideas e ideologías; o bien el estudio de movimientos sociales que actúan o impactan a varios estados, sociedades civiles y actores internacionales.

En cuanto a su estructura, el artículo comienza con un panorama de este giro transnacional en décadas recientes. Posteriormente, problematiza la noción de América Latina como constructo regional argumentando que, aunque puede ser fácilmente deconstruida a partir de la diversidad interna, la ambigüedad geográfica y los efectos de la globalización, el uso persistente del término agregativo se fundamenta en las dinámicas geopolíticas, sociológi-

cas y culturales que han tejido un entramado de influencias recíprocas que, si bien incluyen tensiones y confrontaciones, han configurado un espacio transnacional de interacciones sostenidas y visiones compartidas. A continuación, el texto destaca la utilidad concreta de esta perspectiva al examinar casos paradigmáticos con proyección transregional: desde la formación de identidades nacionales hasta la reconfiguración de espacios políticos, pasando por el análisis de poblaciones transnacionales, redes de exiliados, difusión de idearios y estrategias de movimientos sociales que operan en escalas múltiples.

De “comunidad de naciones” al giro transnacional: el estado del arte

Este artículo se inscribe en el giro transnacional que ha ganado relevancia académica en las últimas décadas, dialogando críticamente con contribuciones fundacionales en este campo. Si bien la noción de una “comunidad de naciones” latinoamericanas tiene raíces intelectuales profundas, evidente en obras seminales como las de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, Túlio Halperin Donghi (décadas de 1960-1970), Alan Rouquié en los años ochenta, Peter Smith (1990) o, más recientemente, Fernando Calderón y Manuel Castells en el paradigma dominante *The New Latin America*, el cual ha mantenido una lógica metodológica centrada en el Estado nación. Esta tendencia, alineada con procesos de consolidación estatal en la región, se refleja incluso en manuales introductorios sobre América Latina ampliamente difundidos en el ámbito académico estadounidense, cuyas sucesivas reediciones perpetúan un enfoque país por país.

En el siglo XXI han florecido los estudios que adoptan perspectivas transnacionales explícitas, ante todo a partir de los estudios migratorios (Rosenblum y Tichenor, 2012) y en forma creciente en otros ámbitos, como los estudios sobre diásporas (Ben-Rafael, Sternberg, Bokser Liverant y Gorny, 2009) y sobre ciudadanía transnacional (Bauböck, 1994; Balibar, 2006; Collyer, 2017). Tal crecimiento se registra también en los estudios latinoamericanos, donde en décadas recientes se han publicado trabajos sobre movimientos políticos e intelectuales tales como los unionistas centroamericanos o el APRA, por ejemplo los libros de Marta Elena Casaús Arzú y Teresa García Giráldez sobre *Las redes intelectuales centroamericanas* (2005), de Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo, *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina* (2009), la compilación de Mark Overmyer-Velázquez y Enrique Sepúlveda III's *Global Latin(o) Americanos* (2018) y el libro de Geneviève Dorais, *Journey to Indo-America* (2021). Además, hay trabajos que enfocan las redes de translocación y reubicación de élites y de bases, algunas de ellas desde el siglo XIX, entre los cuales se cuentan los libros de Mario Szajner y Luis Roniger *La política del destierro y el exilio en América Latina* (2013), de Michael Goebel, *Overlapping Geographies of Belonging* (2013), de Ori Preus, *Bridging the Island* (2011) y *Transnational South America* (2016), de Edward

Blumenthal, *Exile and Nation-State Formation in Argentina and Chile* (2019), y de Ricardo Melgar Bao, *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina* (2021).

Asimismo, estudios geopolíticos han contribuido en gran medida al desarrollo de este campo. Merecen mención los trabajos de Michel Gobat sobre el impacto formativo de la reacción al imperialismo (2013, 2018), de Kristina Pirker y Julieta Rostica, *Confrontación de imaginarios* (2021), de Ernesto Bohoslavsky y Magdalena Broquetas (2017) y de Vanni Pettinà sobre la *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (2018), así como estudios sobre las redes represivas y sus contrapartes solidarias durante la Guerra Fría, tales como los libros de Jessica Stites-Mor, *Human Rights and Transnational Solidarity* (2013) y *South-South Solidarity and the Latin American Left* (2022), de Francesca Lessa, *The Condor Trials* (2022). En una perspectiva de largo plazo, el libro de Roniger, *Transnational Perspectives on Latin America* (2022) incluye análisis transnacionales de guerras históricas y teorías de conspiración, de la retórica y la práctica del chavismo nuestroamericano y de diásporas étnicas. Igualmente, comprehensivos son los libros compilados por Ben-Rafael, Sternberg, Bokser Liwerant y Gorny, *Transnationalism. Diasporas and the Advent of a New (Dis)order* (2009) y por Max Friedman y Núria Vilanova, *Transnational Humans and Transnationalisms in the Humanities* (de próxima publicación en 2025), y el libro de Judit Bokser Liwerant, *National and Transnational Paths of Latin American Jews* (2025).

El libro de Pablo Palomino, *The Invention of Latin American Music* (2020) ha rastreado cómo la música ha sido un motor de una identidad cultural transnacional identificable, desde sus orígenes en el siglo XIX hasta su apogeo ya en la década de 1930. Merece asimismo mención la obra de Fernández-Sebastián, *Iberconceptos* (2017), parte de un proyecto de historia conceptual en contextos ibéricos e hispanoamericanos. Los trabajos de Stephanie Gänger, *A Singular Remedy* (2020) y de Irina Podgorny (2013, 2022) han ofrecido perspectivas transnacionales sobre la historia de la ciencia y la circulación de conocimiento en las Américas. Existen también estudios dedicados a países y áreas específicas en clave transnacional, entre ellos el libro de Luis Roniger, *Transnational Politics in Central America* (2011) y la compilación de Pedro Carmeselle-Pesce y Debbie Sharnak's *Uruguay in Transnational Perspective* (2023). Finalmente, se debe mencionar estudios transnacionales de infraestructura como el de Lila Caimari, *News from around the world* (2016) sobre el impacto del telégrafo. Algunas de estas contribuciones serán usadas al analizar los ejes de investigación más abajo.

El concepto de región y su relevancia cuando se reconocen conexiones transnacionales

Afirmar la existencia de regiones idiosincrásicas es controversial y puede ser atacado tanto desde el aspecto de cuán diversas son las naciones y los estados constitutivos, la indefinida

extensión, así como desde la perspectiva de tendencias globales que impactan las esferas nacionales y locales. Debido al carácter conceptual construido de las regiones, los intentos de atribuirles una naturaleza esencial implican una trampa peligrosa. Además, es imprescindible reconocer las múltiples escalas en que uno puede hablar de regionalismos y las interconexiones entre diferentes sociedades y aún civilizaciones que impactan la mera definición de los límites de cualquier conceptualización regionalista, tal como entre otros lo han destacado Said Arjomand (2014) y Jeremy Smith (2015) en análisis críticos de disonancias, ambigüedades y superposiciones teóricas y empíricas en este campo.

Los crecientes procesos de interdependencia global cuestionan la idea misma de regiones con fronteras duraderas y configuraciones sociodemográficas estables. Entre estos procesos destaca el impacto heterogéneo del multiculturalismo, cuya conceptualización ha cambiado constantemente en medio de los flujos y reflujo de las migraciones internacionales, la transferencia de ideas y prácticas globales, la cristalización de identidades y compromisos cada vez más complejos, así como los cambios en alianzas internacionales. Por estos motivos, también el concepto de América Latina está abierto a la deconstrucción (Dominques, 2009; Sznajder, Roniger y Forment, 2013).

“América Latina” se ha convertido en un término genérico para referirse a Brasil, Haití y los dieciocho estados de habla hispana de América, siendo utilizado por personas que viven en esas sociedades. Sin embargo, tras las independencias, las élites intelectuales adoptaron inicialmente fórmulas como *Hispanoamérica* o *Lusoamérica* para diferenciarse de la emergente hegemonía anglosajona. La conexión lusófona, en particular, subrayaba los vínculos culturales entre Brasil y Portugal, incluso después de su divergencia política en el siglo XIX.

La cristalización del término América Latina respondió a coyunturas geopolíticas específicas. En su *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent* (1816-1826), Alexander von Humboldt y Aimé JA Bonpland usaron el término de “raza latina” para referirse a nuestras sociedades en el hemisferio occidental. A mediados del siglo XIX, cuando la región presentó por primera vez el expansionismo norteamericano, una generación después de que el presidente Monroe pronunciara la famosa doctrina, intelectuales, diplomáticos, activistas y otras élites de Europa occidental acuñaron el término América Latina. Fue entonces cuando se generó un sentimiento de solidaridad en toda la región tras la victoria bélica de Estados Unidos sobre México (1846-1848), seguida de la toma del poder en Nicaragua en 1856 por William Walker y sus filibusteros estadounidenses. La intención de Walker de expandir su control por toda Centroamérica provocó que una coalición de fuerzas nicaragüenses, costarricenses e individuos de las sociedades vecinas impulsaran una *guerra nacional*, que a pesar de su nombre fue librada por fuerzas transnacionales. Ante la posibilidad de volver a perder territorio, plantearon nuevamente los principios del bolivarianismo, la idea predicada décadas antes por Simón Bolívar al proclamar la igualdad de los estados americanos

y la resistencia a cualquier logro territorial a través de guerras, conceptos que galvanizaron repetidamente a los pueblos latinoamericanos.

En un análisis detallado de cómo se “inventó” América Latina, el historiador Michel Gobat señaló cómo estos acontecimientos impulsaron a los hispanoamericanos a concebir su región como una comunidad geopolítica interconectada. El temor al expansionismo estadounidense motivó la movilización de los centroamericanos y llevó a los sudamericanos a idear planes para una alianza. Algunos incluso imaginaron la creación de una confederación de estados que resistiera la expansión de Estados Unidos en cualquier parte del continente. Paralelamente, diplomáticos y exiliados radicados en París acuñaron el término América Latina para representar a sus países de origen de una manera apropiada en el entorno europeo y, en algunos casos, para representarlos diplomáticamente entre los círculos intelectuales y políticos de Francia y otros estados europeos. Además, Francia, al proyectarse como un posible poder en la región —particularmente en México—, promovió el uso del término, dotándolo de resonancia política, aunque su ambición imperial terminó en fracaso (Arda, 1980; Gobat, 2013, 2018).

El término Hispanoamérica, aunque de origen más antiguo, cobró nuevo impulso a finales del siglo XIX y principios del XX. Tras la guerra hispanoamericana de 1898, los modernistas reivindicaron el legado ibérico-hispano como parte de su rechazo al expansionismo estadounidense. Por su parte, Iberoamérica recibió el respaldo de los latinoamericanistas alemanes, quienes buscaban distanciarse de la noción de *latinidad* de cuño francés.

La idea de América Latina como una región idiosincrásica puede deconstruirse indicando las enormes diferencias que separan a los estados entre sí, tanto en términos de su composición demográfica como de su diferente desarrollo ecológico, institucional e histórico. Los estudiosos de la región enfatizan repetidamente esta diversidad, resaltando las profundas distancias que separan las áreas afrocaribeñas y afrobrasileñas de las indoamericanas en la región andina; del complejo euroamericano del Cono Sur; del complejo euroamericano de gran parte del Cono Sur; y de la América mestiza en México, partes de Centroamérica y Venezuela. De manera similar, desde una perspectiva institucional, la región ha atravesado una multiplicidad de experiencias políticas e institucionales, en un espectro que varía enormemente según se va, por ejemplo, de Cuba, Venezuela y Bolivia a Brasil, Chile, Argentina o a México, Colombia y Centroamérica. En consecuencia, si no sonara tan extraño, usaríamos el término en plural, refiriéndonos a “las Américas Latinas”. Otra línea de crítica ha subrayado la maleabilidad del término. Mauricio Tenorio-Trillo (2018) ha analizado cómo se ha convertido en un término “usado y abusado” por actores tan dispares como jacobinos y católicos reaccionarios, por monárquicos y republicanos, por populistas, marxistas y conservadores. Además, Tenorio-Trillo destacó los matices racistas que adquirió cuando las élites supremacistas blancas lo emplearon para justificar políticas de exclusión. De manera similar, al considerar los múltiples impactos de la migración global en las sociedades latinoamericanas,

mericanas (Moya, 2018), se reconoce la complejidad y diversidad demográfica de la región, que ha estado en constante transformación desde la época colonial (Mörner, 1967: 53-73).

Por otra parte, además de los veinte estados habitualmente incluidos, América podría abarcar otros territorios: Puerto Rico; las regiones francófonas de Canadá (principalmente Quebec y partes de New Brunswick); algunas zonas de Estados Unidos (en particular el sur, como Luisiana); y los departamentos franceses de ultramar en el Caribe: Martinica, Guadalupe y Guayana Francesa. Además, casi la mitad del territorio continental de los Estados Unidos es territorio que fue conquistado —y su población anexada— en la guerra con México. La presencia latinoamericana persistió en estos territorios en nombres de personas y lugares, gastronomía, costumbres, prácticas, registros históricos y memorias personales. Más tarde, las oleadas de migración transnacional, principalmente desde México, el Caribe y América Central, resignificaron la identidad latina y redefinieron los límites de lo que significa ser “latinoamericano” de maneras novedosas (Fusco, 1995). En general, recordemos que los latinoamericanos se oponen al uso arrogante del nombre del continente americano por parte de sólo uno de los 34 países del hemisferio occidental (Winn, 1992: 1-32).

No obstante, lo que justifica la persistencia del término América Latina es la existencia de múltiples tendencias geopolíticas, sociológicas y culturales que han configurado un entramado de influencias compartidas. Si bien estas interacciones han derivado en ocasiones en conflictos, han dado lugar a un escenario transnacional de intercambios y visiones interconectadas.

Si retrocedemos en el tiempo, la invasión napoleónica tuvo repercusiones directas en la autonomía americana y desembocó en la independencia de varios estados, lo que desató una competencia frenética por la afirmación de la soberanía política y, en algunos casos, generó cambios en la jurisdicción territorial. Desde entonces, los vínculos regionales han propiciado continuas interacciones y reconexiones, como ha señalado la historiografía en las últimas décadas (Guerra, 1993; Palacios, 2009; González Bernaldo de Quirós, 2015; Breña, 2023). Además, recordemos que los líderes independentistas de principios del siglo XIX se desplazaron ampliamente por los territorios americanos. Entre muchos otros, José de San Martín, por ejemplo, se convirtió en el “Protector del Perú” tras liberar Chile, luego de cruzar la cordillera desde Cuyo junto con las fuerzas de Bernardo O’Higgins. Antonio José de Sucre, oriundo de la Nueva Granada, fue jefe de Estado en Bolivia. Francisco Morazán, liberal hondureño, gobernó durante algunos años la República Federal de Centroamérica. Un caso paradigmático de la fluidez de las identidades colectivas de la época es el de Antonio José de Irisarri, guatemalteco que ejerció como diplomático chileno en Buenos Aires, Centroamérica y Perú; y como diplomático guatemalteco y salvadoreño en Ecuador y Colombia, antes de trasladarse a Curazao y Estados Unidos.

El proceso de construcción de las naciones tuvo lugar en una imbricación transnacional. Paralelamente a la construcción de múltiples Estados soberanos y su inserción global

diferencial, desde entonces continuaron operando conexiones complejas e inextricables dinámicas transnacionales. A medida que nos liberemos de pensar en términos de un historicismo nacionalista, podremos seguir plenamente la dinámica de una región de múltiples “naciones hermanas” que han compartido trayectorias y cercanía cultural, mientras *transitaron caminos históricos variados sin poder separarse completamente unas de otras y mientras experimentaron procesos persistentes formados o proyectados más allá de sus fronteras.*

La importancia de perspectivas transnacionales para los estudios latinoamericanos

La mayoría de los latinoamericanistas han centrado sus análisis en una sociedad y un Estado en particular, o bien en estudios comparativos y de relaciones internacionales dentro de la región. América Latina, con su multiplicidad de Estados, su diversidad lingüística, étnica y cultural, así como con sus trayectorias históricas e institucionales compartidas, ha sido un laboratorio ideal para el análisis comparativo y transnacional.

Incorporar una perspectiva transnacional enriquece el análisis al iluminar procesos que trascienden las fronteras nacionales y al destacar experiencias políticas, sociales y culturales que se configuran en interacción constante o intermitente. Esta perspectiva nos permite abordar fenómenos clave, como los efectos indirectos de la proximidad geográfica y los lazos históricos entre países; las conexiones entre actores no estatales que operan más allá de las fronteras; las dinámicas de desconexión y reconexión entre sociedades, facilitadas por exiliados políticos, expatriados y otros agentes en movilidad; la configuración de diásporas; o la influencia de intelectuales y políticos que han impulsado normativas e instituciones legales de alcance regional.

Desde esta óptica, el análisis estrictamente limitado a los Estados nación puede resultar reduccionista, pues corre el riesgo de perder de vista las múltiples capas de circulación, transmisión y articulación de ideas que estructuran el espacio latinoamericano. En este sentido, una aproximación transnacional permite revelar las redes y movimientos que vinculan actores y procesos más allá de las fronteras estatales. A continuación, se presentan algunos ejes de indagación en los que el enfoque transnacional resulta particularmente relevante.

El contexto transnacional de formación de identidades nacionales

Una perspectiva transnacional permite examinar la construcción de las identidades colectivas sin recurrir al esencialismo, sino reconstruyendo los procesos históricos mediante los cuales ciertas identidades nacionales han sido moldeadas en contextos transfronterizos.

En este sentido, el caso de Uruguay es paradigmático, ya que su formación de Estado nación quedó expuesta al impacto de fuerzas transnacionales y el devenir de contingencias

históricas. A finales de la época colonial —y en la transición hacia la independencia política— no había certeza sobre la creación de una nación y un estado separados en la banda oriental del río Uruguay. ¿Ese espacio se independizaría o permanecería unido a las provincias del Río de la Plata? Alternativamente, ¿se convertiría en un estado de la federación brasileña o sería anexado por Rio Grande do Sul, uno de sus estados miembros? La Banda Oriental compartía estructuras culturales, económicas y políticas tanto con territorios que luego conformarían Argentina como con el sur de Brasil. A diferencia de México, cuyo proceso de consolidación estatal se basó en una herencia imperial distintiva, Uruguay emergió como una entidad política cuya viabilidad era altamente incierta, como lo ha señalado el historiador Túlio Halperin Donghi (2000).

Durante décadas, el territorio oriental fue objeto de disputas territoriales e intervenciones de la corona española, la corona portuguesa y, posteriormente, del Imperio del Brasil y las Provincias Unidas del Río de la Plata. La presión de estos actores generó en la Banda Oriental el desarrollo de intereses locales dispuestos a afirmar su autonomía política.

Un paso trascendental en el nacimiento de la identidad colectiva uruguaya se produjo como consecuencia de la derrota y migración forzada de miles de residentes de la Banda Oriental fuera del territorio natal. La figura principal que impulsó aquella acción colectiva fue José Gervasio Artigas, segundo comandante de la gendarmería rural fundada por las autoridades de Montevideo en la década de 1790 para mantener el orden en el campo. Artigas sirvió inicialmente a las autoridades realistas españolas y luego a las autoridades bonaerenses. Sin embargo, desilusionado con la intención de Buenos Aires de ceder la zona a los lusitanos y temiendo las depredaciones portuguesas, en noviembre de 1811, dirigió a más de cuatro mil milicianos orientales y un número similar de civiles en un viaje de un mes más allá de las líneas del armisticio, a cruzar el río Uruguay y acampar por ocho meses en la provincia argentina de Entre Ríos.

Se trató de una experiencia translocal que desafiaba a los centros de poder regional y que contribuyó a formar conciencia protonacional (Achúgar, 1998; Roniger, 2008), aunque en paralelo, el liderazgo de Artigas activó en todo el Cono Sur un proyecto de unión transnacional alternativa, que se vio finalmente truncado con el destierro de Artigas al Paraguay (Duffau y Frega, 2023). Los civiles se habían unido masivamente a las milicias en retirada en lo que en ese momento la gente llamaba una “redota”, una transposición rústica de la palabra española derrota. Muchos han visto aquel exilio como uno de los primeros signos visibles del nacimiento de la nación uruguaya, surgido de la experiencia colectiva de la expatriación. El rol que jugó Artigas entre 1811 y 1820 permaneció abierto a la controversia hasta la década de 1880, cuando estuvo a punto de ser beatificado (Pivel, 2004). Ese proceso continuó y alcanzó su punto culminante a principios de la década de 1950, como parte de un culto nacional al civismo, una narrativa que será evaluada críticamente por trabajos de revisionismo histórico después del fin de la dictadura cívico-militar y del retorno a la democracia en 1985.

Desmembramiento de un Estado transnacional y conexiones posteriores

Una manifestación contrastante de desintegración transnacional de una entidad política, es el caso de Centroamérica. Desde una perspectiva geopolítica, el Istmo constituye actualmente una región compuesta por pequeñas repúblicas geográficamente cercanas, lo que históricamente las ha hecho vulnerables a los procesos políticos desarrollados en las sociedades y Estados vecinos. Cinco de los países centroamericanos tienen su origen en la fragmentación de un Estado unificado que existió entre 1823 y 1838, conformado a partir de una jurisdicción colonial previa.

En este marco, la investigación analizó los procesos de construcción de Estados nación independientes y las complejas interconexiones transnacionales entre ellos, vínculos que influyeron en la adopción de parámetros institucionales y orientaciones culturales. Comprender estas dinámicas resulta fundamental para interpretar el devenir histórico de la región y proyectar su futuro. Tras la disolución del orden imperial, los nuevos Estados buscaron consolidar sus respectivas naciones mediante narrativas y rituales oficiales, la implementación de prácticas materiales y simbólicas hegemónicas, así como la construcción de imágenes colectivas de sus poblaciones dentro de los límites espaciales del Estado. Estas estrategias de formación nacional implicaron la fragmentación de territorios previamente unificados, la configuración de ciudadanías restringidas y la delimitación de fronteras basadas en los principios de soberanía nacional.

Los Estados centroamericanos, surgidos de jurisdicciones administrativas coloniales compartidas y de un efímero intento de unificación tras la independencia, lograron desarrollar identidades nacionales e instituciones diferenciadas. Sin embargo, no pudieron desvincularse completamente de las denominadas “repúblicas hermanas”. Una vez separadas, estas entidades se enfrentaron al doble desafío de consolidar su control territorial y, simultáneamente, construir una identidad colectiva a través de políticas, prácticas y ceremonias públicas. En este proceso, debieron definir sus fronteras y reconfigurar la noción de ciudadanía, priorizando ciertas categorías mientras desplazaban, ignoraban o negaban —sin erradicar por completo— formas anteriores de identificación, incluida la identidad pan-ístmica, y subsu-mían identidades más localizadas y étnicas (Alonso, 1994; Woodward Jr., 1999).

Durante décadas tras su separación, los Estados centroamericanos mantuvieron territorios porosos y fronteras mal definidas, lo que impidió su aislamiento frente a intervenciones regionales, ya fueran motivadas por la disputa del poder en su propio territorio o por la expansión de su dominio estatal a espacios más amplios. Los orígenes compartidos dificultaron la construcción de identidades nacionales completamente diferenciadas, perpetuando redes transnacionales de parentesco, vínculos económicos, sociales y políticos, así como imaginarios de proyectos alternativos de integración regional. Dicho legado histórico se activaba cuando las poblaciones migraban entre países vecinos o cuestionaban los acuerdos institucionales y las estructuras políticas predominantes en sus propios Estados. Desde el inicio, las élites fue-

ron conscientes de la existencia de identificaciones locales, pero también reconocieron la ausencia de fronteras nítidas que separan de manera tajante a algunas repúblicas entre sí o que las hicieran radicalmente distintas. Además, la forma en que estos Estados declararon su independencia impidió que imaginaran sus identidades nacionales como un fenómeno natural, concibiéndolas, en cambio, como una construcción cívico-política (Roniger, 2022: 56-65).

Intentos históricos de recreación de espacios políticos transnacionales

En la América Latina decimonónica, la consolidación de los Estados nación desplazó el ideal de hermandad y unidad promovido por intelectuales, escritores y activistas en las primeras fases de la independencia, sin que ello significara la erradicación de las dimensiones transnacionales subyacentes. Desde que Bolívar concibió, aunque sin éxito, su proyecto de unión política sudamericana a inicios del siglo XIX, la conciencia de una identidad regional nunca desapareció. Por el contrario, se mantuvo vigente tanto entre las élites como en los movimientos sociales. A lo largo del siglo XIX, distintas fuerzas impulsaron la creación de confederaciones pluriestatales, entre ellas la Gran Colombia (Earle, 2005), la República Centroamericana (Roniger, 2011) o la Confederación Peruano-Boliviana (Demélas, 2003), tendencias que eventualmente llegarían a impulsar la creación de proyectos y organizaciones regionales.

Dichos proyectos no fueron promovidos exclusivamente por élites interesadas en ampliar sus posiciones de poder, sino que también incluyeron iniciativas de base, como el movimiento unionista surgido en torno al primer centenario de la independencia centroamericana. Este movimiento, compuesto principalmente por intelectuales, profesores y estudiantes de clase alta, expresaba su desencanto con los proyectos liberales y positivistas de la época, al tiempo que rechazaba la realidad de los Estados existentes, en los que no reconocían la República idealizada. Los unionistas se propusieron regenerar la Nación, fortalecer la conciencia de un destino común entre los habitantes del Istmo y construir una sociedad justa en la que se garantizaran derechos fundamentales sin distinción de origen étnico, género, clase social o estado civil. En su visión, la unidad de Centroamérica permitiría a la región, junto con México y Sudamérica, fortalecer su resistencia frente a los intereses económicos estadounidenses (Casaús, 2006).

Movidos por su ideal regeneracionista en vísperas del centenario del fin del dominio español, y en muchos casos exiliados o expatriados, los unionistas recorrieron la región promoviendo su ideario en nuevos entornos. A pesar de ser conscientes del fracaso de proyectos previos de unificación centroamericana, confiaban en la posibilidad de reconstituir la Nación desde abajo, fomentando la conciencia de un destino compartido y diseñando un modelo basado en la unidad, la igualdad, la justicia social y la tolerancia, aunque respetando la autonomía de cada sociedad (García, 2005; Roniger, 2017).

Los unionistas reactivaron un sentimiento transnacional latente y, aunque su proyecto eventualmente fracasó, tuvieron un impacto importante en el largo plazo, ya que expandie-

ron las esferas públicas centroamericanas en las décadas de 1920 y 1940. Su contribución fue haber lanzado numerosas publicaciones y haber abierto espacios de sociabilidad más allá de distinciones de género, nacionalidad y, en menor medida, de clase social o etnia. Esos foros creativos y espacios de sociabilidad ampliaron el debate público sobre temas como la incorporación de sectores subalternos y de mujeres indígenas y mestizas a la ciudadanía plena. Tales ideas continuaron resonando entre líderes revolucionarios como el nicaragüense Augusto César Sandino, quien deambuló mucho por toda la región y cuyos activistas procedían de todos los territorios de Centroamérica e incluso de México y la República Dominicana. Además, cuando Sandino viajó a México en 1929 para tratar de conseguir apoyo a su causa, utilizó un pasaporte hondureño, mientras atravesaba los territorios de El Salvador y Guatemala con el conocimiento de esos gobiernos (Wunderich, 1989; Schroeder, 2019).

El estudio histórico-sociológico de zonas de frontera

Muchas áreas fronterizas presentan una densa fisonomía demográfica, en la que la lógica de los Estados nación no refleja las realidades transnacionales de la vida en la frontera. Ejemplo de ello son la Antofagasta boliviana en vísperas de la Guerra del Pacífico (1879-1883) y las zonas limítrofes entre la República Dominicana y Haití antes de la masacre de 1937, cuando miles de dominicanos de ascendencia haitiana fueron asesinados.

Durante las primeras seis décadas del siglo XIX, la zona de Atacama fue escenario de múltiples enfrentamientos armados en el contexto de las guerras de independencia, incluidas operaciones guerrilleras, guerras civiles, ataques de bandas armadas y acciones de fuerzas internacionales. Se trataba de un territorio boliviano con importantes recursos naturales codiciados por intereses económicos peruanos y chileno-británicos, orientados hacia los mercados internacionales. La composición demográfica de la zona fronteriza y el alcance transnacional de los intereses locales fueron factores determinantes en el conflicto que desembocó en la Guerra del Pacífico, en la que Bolivia y Perú perdieron vastos territorios ante Chile.

En la década de 1870, el auge del guano y el salitre provocó un frenesí económico comparable a la fiebre del oro en California unas décadas antes. En este contexto, un actor clave fue la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta (CSFA), de capital chileno-británico liderada por el chileno Agustín Edwards, que operaba en Bolivia bajo exención de impuestos de conformidad con un tratado chileno-boliviano de 1874. La expansión de oportunidades económicas atrajo a un gran número de trabajadores chilenos de escasos recursos, quienes se asentaron en la región, transformando Antofagasta y Caracoles en centros urbanos dinámicos.

Muy pronto, la llamada Provincia del Litoral —un verdadero “Lejano Oeste” boliviano— quedó bajo el control precario pero despótico de un reducido contingente militar boliviano, encargado de imponer el orden en una población mayoritariamente chilena, caracterizada por la violencia, el bandidaje y los enfrentamientos callejeros. Cualquier altercado podía es-

calar rápidamente a una crisis de mayores dimensiones. En octubre de 1876, en Antofagasta se fundó una sociedad de ayuda mutua que llegó a contar con unos diez mil miembros, en su mayoría chilenos, junto con un reducido número de bolivianos. La organización funcionaba como logia y promovía la fraternidad chilena, con sus miembros jurando lealtad a la bandera chilena y proyectando la emancipación política del Litoral, una aspiración ya esbozada por residentes en California (Vicuña, 1880; Barros, 2015). Luego, fue suficiente una decisión política mal calculada del presidente boliviano Hilarión Daza —al promulgar un impuesto a los nitratos extraídos por la CSFA en la provincia, a pesar de la disposición legal que eximía al nitrato de impuestos— para que comenzara la Guerra del Pacífico en 1879.

De manera similar, la zona fronteriza entre la República Dominicana y Haití estaba habitada por comunidades que hablaban una mezcla de criollo haitiano y español, cuyos mercados y centros de peregrinación más cercanos se ubicaban en territorio haitiano. La población incluía parejas “mixtas” y múltiples lazos entre dominicanos “puros” y otros grupos. No existían disputas significativas por la tierra, dado que la región tenía baja densidad demográfica y abundantes recursos. Tampoco había una competencia aguda entre los residentes: los “haitianos” se dedicaban a diversas artesanías, labores domésticas en las ciudades y al cultivo de tabaco y ganadería en las zonas rurales, mientras que los “dominicanos” practicaban la ganadería extensiva en áreas remotas (Derby, 1994).

Desde principios del siglo XX y la ocupación estadounidense (1916-1924), el gobierno dominicano intentó ejercer mayor control sobre las zonas fronterizas, desplazando a las élites regionales e impidiendo que revolucionarios organizaran movimientos de oposición desde Haití. En la década de 1930, Rafael Trujillo impuso nuevas estructuras de poder e intentó, sin éxito, “dominic平izar” la frontera mediante proyectos de colonización y regulaciones legales. Resintiendo el mestizaje transnacional y la hibridación cultural de la población fronteriza, y con la intención de consolidar una identidad dominicana diferenciada de la influencia africana, Trujillo enfatizó las diferencias raciales y culturales con Haití. Su administración exhortó a los haitianos a abandonar la zona, incluso ofreciendo incentivos económicos para ello.

Sin embargo, estas medidas tuvieron escaso impacto, ya que los habitantes consideraban la frontera su tierra natal y continuaron circulando libremente entre ambos países. En su mayoría, los denominados “haitianos” eran dominicanos de ascendencia haitiana, cuyos antepasados habían llegado generaciones antes, atraídos por las oportunidades laborales en plantaciones financiadas con capital estadounidense. En octubre de 1937, soldados y guardias de la República Dominicana masacraron entre 15 000 y 17 000 campesinos dominicanos de ascendencia haitiana en la zona fronteriza occidental-norte del país. La mayoría de las víctimas —entre ellas mujeres y niños— fueron asesinadas con machetes, bayonetas y garrotes, con el fin de presentar la masacre como una expresión de ira popular en la frontera, en lugar de una acción orquestada por el Estado dominicano. Meses después, en

la primavera de 1938, miles de haitianos más fueron deportados en un proceso conocido como “el desalojo” (Turits, 2002).

Históricamente, existía entre ambos países animosidad, derivada de la historia de anexión del territorio dominicano por parte de la república negra de Haití (1822-1844) y las guerras de liberación. Sin embargo, esos eran hechos remotos, y los masacrados eran dominicanos nativos nacidos en el territorio nacional. Además, desde la perspectiva de quienes residían en la frontera, los llamados haitianos eran parte íntima de las redes transnacionales locales, aunque no sin tensiones (Turits, 2003; Derby, 2009). Tanto estos acontecimientos como los de la frontera entre Bolivia y Chile solo pueden comprenderse plenamente si se examinan en la intersección entre las dinámicas del Estado nación y las dinámicas transnacionales.

El rol e impacto de las redes de desplazados: exiliados, migrantes y expatriados

El desplazamiento territorial —y, en particular, el exilio político— han sido fundamentales de exclusión institucionalizada en América Latina. Durante la transición a la independencia política, todos los Estados latinoamericanos incorporaron el exilio como una práctica política relevante, junto con otros mecanismos de castigo (Roniger y Sznajder, 2008). La translocación de enemigos políticos más allá del territorio directamente controlado por los estados emergentes se convirtió en una cuestión transnacional ligada a la definición de fronteras y la configuración de identidades de los estados-nación. En el siglo XIX, tales dinámicas de desplazamiento fueron evidentes en varios espacios regionales caracterizados por desbordes y conflictos territoriales, a saber: en los espacios fronterizos de Perú, Bolivia y Chile; en Chile y Cuyo a través de los Andes; en Buenos Aires, Uruguay y Río Grande del Sur; en la Nueva Granada, Venezuela y partes de Ecuador; así como en México y Centroamérica. En una era en la que los Estados-nación eran un proyecto en curso más que una realidad consolidada, los exiliados participaron en luchas políticas, encontraron trabajo, vendieron libros e hicieron circular noticias en países que salían de una guerra civil. A través de redes comerciales en evolución, los exiliados, figuras tanto literarias como políticas, contribuyeron a la formación de una esfera pública transnacional, en la cual compartieron ideas políticas con sus sociedades de origen y, al mismo tiempo, se integraron en las sociedades receptoras (Blumenthal, 2019).

Desde una perspectiva histórica latinoamericana, la migración forzada, el exilio y el des-tierra se convirtieron, desde etapas tempranas, en un modo central de “hacer política” y en un mecanismo institucionalizado de exclusión en la región. De manera creciente, historiadores y científicas sociales han reconocido este rol constitutivo y sus impactos sistémicos (Yankelevich, 2009; Sznajder y Roniger, 2013; Melgar, 2021; Roniger, 2023). Por ejemplo, durante la Guerra Fría, los exiliados reclamaron una voz propia sobre el futuro de su sociedad, al tiempo que se insertaban progresivamente y tenían influencia también en las socieda-

des anfitrionas (Yankelevich y Jensen, 2007; Sznajder y Roniger, 2013: 236-311). Vivir en el exilio moldeó ideas políticas y autorrepresentaciones. Muchos desplazados participaron en debates públicos y en la construcción institucional republicana en sus países anfitriones. Quienes sufrían desplazamientos forzados formaron diásporas y redes de connacionales que impactaron tanto a los países receptores como a los de origen, afectando la reputación y las políticas de los primeros, y fomentando prácticas y políticas de asilo entre los países expulsores y receptores (Viz, 2011; Jensen, 2021; Blumenthal, 2021; Mejía y Ayala, 2023).

Transnacionalismo y diásporas

Las diásporas no son un fenómeno reciente en la historia mundial. Durante siglos, este concepto estuvo estrechamente asociado con uno de los casos más antiguos: el del pueblo judío, que, a lo largo de dos milenios, fue sinónimo de comunidad errante. Sin embargo, también ha estado presente en la experiencia histórica de los chinos, los indios y muchas otras diásporas. En la actualidad, el espectro de las diásporas es tan amplio que el concepto mismo se ha expandido para incluir grupos que no reivindican un país de origen, sino que construyen su identidad en torno a un sentido de pertenencia. Tal es el caso de los romaníes o gitanos, quienes han comenzado a concebirse cada vez más en términos de una diáspora transnacional.

El estudio de diásporas no solo permite analizar distintos casos en términos definitorios y de categorías analíticas, sino también comprender las múltiples consecuencias de los ciclos de dispersión transnacional de nacionales y residentes. Un aspecto fundamental es que muchos exiliados, expatriados y migrantes no regresan a sus países de origen. En el caso de los primeros, a pesar de las expectativas iniciales, el desplazamiento lleva a menudo más tiempo de lo esperado. Durante ese tiempo, su estatus civil y profesional cambia, nacen y crecen hijos en el extranjero, y el eventual retorno implicaría dejarlos atrás o someterlos a un nuevo proceso de adaptación y extrañamiento.

Como es de esperar, distintas diásporas de connacionales surgieron en América Latina, algunas de ellas muy temprano, como la diáspora de cubanos en Florida y otros estados del sur de Estados Unidos, reforzada más tarde por los fugitivos de la Cuba de Fidel Castro. Otras, como la diáspora de centroamericanos en México y en el camino hacia Estados Unidos, se formaron inicialmente como resultado de la Guerra Fría. Además, surgieron nuevas diásporas debido a los desequilibrios políticos y las brechas de desarrollo de las últimas generaciones. Pensemos en los nicaragüenses en Costa Rica, los ecuatorianos e inmigrantes del Cono Sur en España, en los paraguayos y bolivianos en Argentina, en los colombianos y venezolanos en los países vecinos y en los Estados Unidos, entre muchos otros casos. La presencia de connacionales fuera del territorio nacional ha generado ya aperturas teóricas y debates sobre ciudadanía transnacional, al reconocer que los derechos

ciudadanos y obligaciones ciudadanas no caducan, sino que se complejizan al dejar el territorio nacional y radicarse en otros países, algo que distintos estados han reconocido en forma incremental en las últimas décadas.

Tanto exiliados como migrantes y extranjeros han desempeñado un papel clave dentro de las diásporas nacionales y transnacionales, tanto en el extranjero como en sus países de origen. Esto es especialmente relevante en los casos en que algunos retornaron tras la restauración de las democracias y la eliminación de impedimentos institucionales para su regreso (Lastra, 2016; Roniger, Senkman, Sosnowski y Sznajder, 2022). También resultan importantes los estudios que combinan perspectivas transnacionales y globales con el análisis de las diásporas. Ejemplo de ello son los trabajos de Bokser Liverant (2013, 2021, 2025) y Della Pergola (2021), quienes analizan la diversidad de las comunidades judías en las Américas, así como las múltiples interacciones entre nacionalidad, etnicidad transnacional y ciudadanía en el contexto de las transformaciones del disperso entramado judío latinoamericano. Enfoques similares podrían aplicarse al estudio de otras diásporas como las musulmanas, chinas y coreanas en América Latina.

Los horizontes transnacionales de muchos intelectuales latinoamericanos

Desde la independencia, han surgido intelectuales que no solo afirmaron hablar en nombre de sus propias naciones, sino también de naciones hermanas, articulando redes intelectuales y sociales, tanto reformistas como revolucionarias, comprometidas con el activismo continental. Los ejemplos abundan. Fueron paradigmáticos, entre otros, los modernistas latinoamericanos cuya influencia se proyectó transnacionalmente.

Durante su largo exilio, el poeta, ensayista y activista cubano José Martí se mudó a Estados Unidos, desde donde su voz alcanzó un impacto transnacional a través de columnas publicadas en periódicos de Buenos Aires, Caracas y México. Por su parte, el nicaragüense Rubén Darío publicó en Valparaíso su libro de cuentos y poemas *Azul*, influenciado por autores franceses a los que tuvo acceso en una biblioteca privada de San Salvador. Asimismo, el poeta y diplomático peruano Santos Chocano no solo publicó en su país natal, sino también en Guatemala, Nicaragua, México y Chile.

Los movimientos de principios del siglo XX, como el arielismo y el criollismo, que reivindicaban una identidad latinoamericana en lugar de un nacionalismo estrecho, son otro ejemplo (Franco, 1970: 52-81). Una dinámica similar fue registrada en períodos posteriores (véase por ejemplo Rivera, 2014; Pita, 2016; López, 2018). En todos estos movimientos, los intelectuales fueron también figuras políticas, cuyos escritos movilizaron muchos a la acción, cuyo activismo inspiró el trabajo cultural y su trabajo sirvió a fines políticos (Imaz, 1979: 233-236), con un impacto a largo plazo en la recreación intermitente de ideas y obras que enfatizaban la solidaridad latinoamericana.

La cristalización de prácticas y doctrinas jurídicas

También se puede rastrear la cristalización de prácticas y doctrinas jurídicas regionales imbuidas del espíritu transnacional. Basados en trasfondos culturales e instituciones comunes, los latinoamericanos no sólo lucharon por componer las porosas fronteras de sus estados independientes, sino que también articularon normas internacionales de interacción y coexistencia regional. Idealmente, estas doctrinas buscaban regular las relaciones internacionales y mitigar las tensiones entre los Estados de la región. Ejemplo de ello es la temprana formulación de principios como la no intervención, el rechazo a la adquisición territorial mediante conflictos armados, el derecho de asilo —orientado tanto a la protección como al control de la presencia de exiliados políticos en las sociedades receptoras— y diversos mecanismos de mediación y negociación diplomática (Kacowicz, 2005; Blumenthal, 2021).

Entre los latinoamericanos que contribuyeron en esa dirección mientras participaban en foros, organizaciones y redes internacionales se cuentan por ejemplo Estanislao S. Zeballos y José Batlle y Ordóñez. Tras concluir su primera presidencia en Uruguay en 1907, Batlle y Ordóñez viajó a la Conferencia de Paz de La Haya, donde participó representando a su país y en la que presentó un proyecto para la Sociedad de Naciones, anticipando su creación en una década, de una institución de tal carácter. Asimismo, presentó otro de los primeros proyectos de arbitraje obligatorio de conflictos internacionales, idea imbuida del espíritu bolivariano (Anónimo, 1928: 221).

Por su parte, Estanislao S. Zeballos (1854-1923), quien fue varias veces diputado nacional y en tres ocasiones ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, desempeñó un papel clave en foros de derecho internacional como el *Institut de Droit International* y la Asociación de Derecho Internacional. Desde su rol como jurista, desarrolló una teoría argentina de Derecho Humano Privado, en la que formuló, en términos de doctrina internacional, los fundamentos de las políticas migratorias argentinas. Estas políticas, más inclusivas que las europeas, favorecían la aceptación de migrantes y el reconocimiento de sus derechos fundamentales sin considerarlos una amenaza para la soberanía nacional (González Bernaldo de Quirós, 2018).

La difusión transnacional de ideas

Otro fenómeno pertinente ha sido la difusión transnacional de ideas, superando mediante encuentros y traducciones aun el hiato que se podría esperar entre países de idiomas diferentes y que a menudo tuvieron intereses dispares, como Brasil y Argentina (Preuss, 2011, 2016).

Desde el siglo XIX, un anhelo compartido en toda la región ha sido el desarrollo y la modernización. Aunque liberales, marxistas y neoconservadores interpretaron estas ideas de manera contrastante, su difusión a nivel transnacional alcanzó tanto a las élites como a los sectores populares. En América Latina, el enfrentamiento con la modernidad occidental ha sido, al mismo tiempo, un proceso de confrontación con raíces, discursos e instituciones

propias, marcadas por la dominación colonial y poscolonial, con resonancia en las “naciones hermanas”. Desde muy temprano, la dinámica de desarrollo occidental vinculó a estos territorios con espacios globales y transnacionales, haciendo de la modernidad un fenómeno múltiple pero truncado, lo que derivó en intentos recurrentes por reconstituir sus promesas incumplidas (Roniger, 2022: 23-44; Lehmann, 2022). No debe sorprender, entonces, que la cuestión de la modernidad latinoamericana haya generado constantes debates y controversias. Se ha discutido, por ejemplo, cuándo, dónde y cómo América Latina ha venido moderna, convirtiendo a la región en uno de los escenarios más vibrantes para la reflexión sobre las identidades colectivas (Miller y Hart, 2007).

Otra idea matriz, especialmente a partir de la década de 1960, fue la teoría de la dependencia. Teóricos de la dependencia como Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra desarrollaron su reflexividad e ideas mientras vivían una experiencia transnacional en Chile, entonces sede de la Cepal, y luego en México, uno de los lugares clave de reubicación para quienes escapaban de la represión del Cono Sur. El Fondo de Cultura Económica (FCE) y las revistas *Trimestre Económico* y *Cuadernos Políticos* publicaron sus trabajos y ayudaron a la difusión de su pensamiento a escala transnacional, hasta llegar a ser popularizado a través de la prensa diaria en distintos países latinoamericanos. Además, la cátedra de Furtado en EE.UU. así como el *Institut d'étude du développement économique et social* (IEDES) y el *Institut des Hautes Études de l'Amerique Latine* en París otorgó a la teoría de la dependencia respetabilidad y aceptación en amplios sectores (Sáenz, 2014).

En el mismo sentido, el pensamiento dentro de la Teología de la Liberación resonó a través de las fronteras estatales, acumulando capital simbólico y social entre las redes progresistas, en parte gracias a los recursos flotantes y las posiciones materiales del clero como parte de la Iglesia Católica. Aunque la mayor parte de la alta jerarquía de la Iglesia no respaldó las ideas de teólogos de la liberación como el brasileño Leonardo Boff ni la decisión de algunos de ellos de unirse a las fuerzas revolucionarias como en el caso del colombiano Camilo Torres, algunos obispos vieron con simpatía los mensajes de la Teología de la Liberación, lo que facilitó la difusión transnacional de esas ideas. Entre ellos se contaron el obispo Oscar Arnulfo Romero, asesinado en El Salvador por desafiar al gobierno militar; Evaristo Arns, Avelar Brandao, Pedro Casaldáliga, Helder Câmara, Aloiso Lorscheider, José María Pires y Candido Padín en Brasil; Sergio Méndez Arceo y Samuel Ruiz en México; Raúl Silva Henríquez, que protegió a curas progresistas en Chile; Juan Landázuri Ricketts y José Dammert en Perú; Eduardo Pironio y Jorge Novak en Argentina; Leónidas Proaño en Ecuador; y Marco MacGrath en Panamá (Chaouch, 2007).

Asimismo, desde la década de 1960, el triunfo de la Revolución Cubana inspiró a movimientos de izquierda, muchos de los cuales optaron por la lucha armada y se asumieron como vanguardias revolucionarias, con la expectativa de generar levantamientos popula-

res. Algunos de estos movimientos trascendieron el ámbito nacional e intentaron articular esfuerzos transnacionales, como en el Cono Sur, donde fueron brutalmente reprimidos mediante la Operación Cóndor, cuestión que abordaremos más adelante.

Otro caso emblemático de difusión transnacional de ideas ha sido el surgimiento de movimientos nativo-americanos y afroamericanos que reivindican el reconocimiento cultural, sus herencias formativas y territorios ancestrales. Mientras algunos formularon sus demandas en términos de autonomía y derechos colectivos, otros promovieron proyectos interculturales (Stolle-McAllister, 2019; Lehmann, 2022). Estas iniciativas, que han abarcado desde las reivindicaciones de autodeterminación y control territorial en Ecuador, Bolivia, México y Chile, hasta la reafirmación de identidades afroamericanas en el Caribe y las costas atlánticas, se difundieron por todo el continente. Su consolidación llevó, progresivamente, a la formación de organizaciones transnacionales tales como la *Alianza Estratégica de Afrodescendientes de América Latina y el Caribe*, la *Reunión de Autoridades Indígenas del Mercosur*, o la *Red de Mujeres Afrocaribeñas* (Bengoá, 2000; Álvarez, Oliva y Zúñiga, 2009).

En años recientes, la confluencia de estos movimientos y la creciente migración de ciudadanos de repúblicas hermanas, junto con nuevas perspectivas analíticas que reconocen el transnacionalismo, han transformado la manera en que los Estados latinoamericanos conciben los derechos de ciudadanía. Estos cambios se reflejan ante todo en las constituciones reformadas de varios de los países latinoamericanos, que —al igual que la constitución colombiana de 1991, las constituciones de Ecuador de 1998 y 2008 y la constitución boliviana de 2009— ahora reconocen la diversidad y el carácter multiétnico y/o multicultural de sus naciones; o al menos pusieron fin a algunas de las aristas discriminatorias de derechos políticos o por motivos étnicos o religiosos.

Poblaciones radicadas transnacionalmente

Desde la época colonial, el asentamiento hispano en Centroamérica se concentró cerca de la zona del Pacífico, mientras que la costa caribeña permaneció conectada con las islas del Caribe, donde los británicos tenían una mayor presencia. Tras la independencia, la mayoría de los Estados adoptaron un modelo cultural de ciudadanía basado en ideologías de mestizaje, que negaban simbólicamente la presencia de sectores subalternos y despreciaban las culturas indígenas y afroamericanas, al tiempo que promovían su integración o eventual desaparición (Casaús, 1992; Wolfe, 2007). Aun así, la necesidad de trabajo forzada o intensivo en las economías de enclave —especialmente en el cultivo del café, el cacao y, más tarde, en las plantaciones de plátanos y frutas tropicales— propició la concentración de individuos de origen africano en la región del Circuncaribe. Esas poblaciones incluían no solo trabajadores esclavizados o migrantes, sino también fugitivos, sobrevivientes de naufragios, piratas y comerciantes. Con el tiempo, sus descendientes se asentaron en comunidades que coexistie-

ron con las poblaciones nativas, dando lugar a sociedades que desafiaban la representación simbólica oficial de la nación y se convertían en presencias fronterizas transnacionales dentro del Caribe (Whitehead, 1995; Pineda, 2006; Velázquez, 2011).

Los casos de los miskitu y los garífunas son emblemáticos de grupos de ascendencia mixta con una presencia transnacional y no totalmente subordinados a la lógica de los Estados nación. Por razones de espacio, me centraré en los miskitu. Durante más de dos siglos, los miskitu mantuvieron un reino propio, aliado con los británicos y con quienes sostenían relaciones comerciales (Rogers, 2002). A diferencia de la región del Pacífico, epicentro del control hispano sobre los pueblos indígenas, la zona atlántica se convirtió en una frontera abierta a la incursión de bucaneros y a la presencia informal británica en la costa norte de Nicaragua y Honduras. Con el tiempo, esta región se transformó en un espacio multicultural y multiétnico donde convergieron elementos religiosos y lingüísticos protestantes, afroamericanos y amerindios. Los miskitu reclamaban como suyo un territorio que abarcaba aproximadamente la mitad de lo que más tarde sería el Estado nación nicaragüense.

No fue sino hasta la década de 1890 que Nicaragua incorporó militarmente esta región, escasamente poblada y culturalmente distinta, aunque sin lograr su asimilación. Cuando los sandinistas tomaron el poder en 1979, su proyecto de Estado nación entró en conflicto con la autonomía miskitu. Para los sandinistas, los miskitu eran “extranjeros” con vínculos históricos con el colonialismo británico y el imperialismo estadounidense, por lo que cualquier resistencia a sus políticas de integración fue reprimida. Ante el temor de que los miskitu colaboraran con los Contras, el gobierno sandinista implementó medidas de reubicación forzada en la región del Río Coco. En respuesta, los líderes miskitu denunciaron al gobierno ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, acusándolo de detenciones arbitrarias, encarcelamientos, desapariciones y desplazamientos forzados. El gobierno, por su parte, alegó que la evacuación de los miskitu respondía a la necesidad de protegerlos de los ataques de los Contras.

Los sandinistas sospechaban que los miskitu conspiraban tanto con el Frente Democrático Nacional (FDN) un grupo antisandinista apoyado por la CIA que operaba desde Honduras, como con la Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE), que operaba desde Costa Rica contra los sandinistas. Los miskitu, que se encontraban entre los residentes más organizados y beligerantes de la costa, encabezaron levantamientos armados contra lo que consideraban una nueva forma de coerción. Con el apoyo de la Iglesia Morava, la mayor denominación de la región, resistieron y reafirmaron su identidad y memoria colectiva como parte de una minoría transnacional oprimida que luchaba contra los “opresores sandinistas” (García, 2014). De este modo, se convirtieron en un desafío político e ideológico para la administración revolucionaria, que se presentaba como la representante legítima del pueblo nicaragüense, pero que no pudo ignorar la existencia de un grupo transnacional que desafiaba su narrativa homogeneizadora y su retórica nacionalista revolucionaria.

Prácticas y operativos transnacionales

Durante la Guerra Fría, América Latina experimentó el creciente impacto de redes transnacionales de carácter ideológico, como lo demuestra el aumento en la coordinación entre movimientos revolucionarios y guerrilleros después de la Revolución cubana, así como los esfuerzos paralelos coordinados de contrainsurgencia a nivel transnacional. La coordinación represiva de activistas de izquierda durante la Guerra Fría fue conocida en 1992 cuando el abogado paraguayo Martín Almada, que había experimentado la prisión y el exilio durante el régimen del general Alfredo Stroessner (1954-1989), procedió a utilizar la cláusula del derecho de acceso a la información pública (*habeas data*) reconocida constitucionalmente después de la caída de Stroessner para buscar documentación sobre las víctimas de la dictadura. La ingente cantidad de documentación develada en una oficina de la Policía de Investigaciones —hoy conocida como el “Archivo del Terror” — no solo contenía información sobre vigilancia, víctimas y colaboradores del régimen autoritario paraguayo, sino también sobre la cooperación represiva transnacional entre las fuerzas armadas y de seguridad de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay en la llamada Operación Cóndor, cuyo objetivo explícito era la eliminación de la guerrilla de izquierda y sus simpatizantes (McSherry, 2002).

Como es sabido, este fenómeno dio lugar a redes transnacionales de solidaridad con las víctimas, los exiliados y los prisioneros, que se opusieron a las dictaduras nacionales y exigieron rendición de cuentas, verdad y justicia. Con el tiempo, esto sentó las bases para la implementación de políticas de justicia transicional, algunas con un alcance e implicaciones transnacionales (Keck y Sikkink, 1998; Sikkink, 2011; Stites-Mor, 2013; Lessa, 2022). Un aspecto interesante de este proceso fue que, a medida que la ola represiva autoritaria comenzó a ceder, el carácter transnacional de la represión implicó que cualquier revelación sobre violaciones de derechos humanos—ya fuera por declaraciones de represores o por el hallazgo de restos de desaparecidos—generaba un efecto de reverberación en los países vecinos (Sznajder y Roniger, 1999). Sin embargo, aunque las expectativas aumentaron mucho durante la democratización, cuando los nuevos gobiernos adoptaron políticas de justicia transicional, las democracias restauradas de América del Sur y América Central pronto tuvieron que lidiar con nuevos desafíos, entre ellos el aumento de las prácticas y operaciones transnacionales lanzadas por los narcotraficantes y los métodos asimismo violentos de controlar su expansión.

Movimientos sociales transnacionales

América Latina ha sido escenario, de manera recurrente, de movimientos sociales con agendas transnacionales. Anteriormente mencioné el caso de los unionistas centroamericanos de principios del siglo xx. Un caso igualmente significativo es el del chavismo de principios del siglo xxi, cuyo impacto continental lo convirtió en puente entre varios movimientos so-

ciales en las Américas. Bajo el impulso de Hugo Chávez, sus seguidores adoptaron un credo amorfo, global y abarcador, definido como *nuestroamericano* y que permitió la recreación simbólica de una visión que unía a diversos pueblos de las Américas. Pronto, distintos movimientos sociales cultivaron vínculos fraternales más allá de las fronteras de sus respectivos países. A través de encuentros formales y celebraciones informales, el chavismo y sus asociados movilizaron a sectores populares como base de apoyo y legitimidad. Movimientos políticos, asociaciones estudiantiles, grupos étnico-religiosos y otros tipos de organizaciones de la sociedad civil desarrollaron vínculos transnacionales y transcontinentales y organizaron eventos conjuntos, durante los cuales se reconocieron como parte de una tradición que compartió íconos, símbolos e incluso el culto de héroes “nuestroamericanos”.

El chavismo proyectó su activismo social en toda América Latina. A partir de la movilización popular y la consolidación de los círculos bolivarianos en Venezuela, también fomentó el activismo de base fuera de sus fronteras. Los chavistas encontraron puntos de convergencia con movimientos como los zapatistas en México, el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil, los piqueteros en Argentina y los cocaleros en Bolivia (Roberts, 2006: 141-143). Además, su alianza con la Cuba de Fidel y Raúl Castro les proporcionó una red de activistas políticos con experiencia en la movilización en favor del régimen cubano, tanto dentro como fuera de la región. En este contexto, el chavismo promovió una visión de la movilización popular como herramienta de legitimación política, impulsando hacia el exterior su estrategia del “Poder Popular” y la apropiación y resignificación de la memoria histórica y regional.

Mientras buscaban la reconstrucción institucional de proyectos regionalistas y globalistas, los chavistas también promovieron relaciones de solidaridad transnacional y formaron redes de apoyo entre intelectuales, activistas políticos y culturales. Su llamado creciente a la movilización de colectivos transnacionales implicó una confrontación discursiva contra las élites liberales transnacionales del orden posterior a la Guerra Fría, así como la disposición a utilizar los ingresos nacionales venezolanos para financiar redes y audiencias fuera del país (Ayala, 2006).

El uso sistemático del concepto de Nuestramérica como estrategia de legitimación resultó fundacional en la cumbre de Maracay en junio de 2009, cuando el ALBA (entonces llamada “Alternativa Bolivariana para las Américas”), pasó a llamarse oficialmente la “Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos”. Estas iniciativas regionalistas multilaterales, apoyadas por numerosas organizaciones, partidos y movimientos, ya han conducido al surgimiento de marcos de cooperación regional, incluida la Comunidad Sudamericana de Naciones (más tarde UNASUR), el transformado Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y la primera organización americana: la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) (Rivera, 2014, Wajner y Roniger, 2019). Existe espacio para el debate y la investigación sistemática sobre el papel desempeñado por diferentes actores estatales y no estatales en esta nueva oleada de iniciativas regionalistas multilaterales.

Conclusiones

En este artículo, he sugerido que además del análisis comparativo o la perspectiva de relaciones internacionales, consideremos la relevancia de ópticas transnacionales en la investigación sobre América Latina. Al reconocer las dimensiones transnacionales del desarrollo histórico latinoamericano, se evita suponer que exista una correlación fija entre residencia territorial, ciudadanía o membresía política e identidades nacionales y colectivas. La revisión de los mencionados ejes de investigación, aunque concisa, ilustra el rico potencial de incorporar perspectivas transnacionales en los estudios latinoamericanos. Más allá de la elección de una línea analítica adecuada para cada eje de estudio, adoptar un enfoque transnacional permite captar el impacto de fuerzas sociales, políticas y culturales cuyas acciones, prácticas e ideas trascienden las fronteras nacionales. En muchos casos, sólo entonces el análisis podrá contemplar plenamente la articulación de dinámicas locales y nacionales con dinámicas internacionales y globales.

Considerar las dimensiones transnacionales también fortalece los estudios de caso centrados en países y áreas subnacionales específicas. Desde esa perspectiva, se pueden identificar dinámicas y fuerzas transnacionales que han existido en la región desde la época colonial pero que permanecieron en gran medida ignoradas durante la era de consolidación del Estado nación, como lo exemplificaron las luchas de los miskitu en Nicaragua. Al investigar incorporando perspectivas transnacionales podremos examinar procesos, redes y unidades que son a la vez más grandes y pequeños que el Estado nación, es decir, por un lado, redes transnacionales que son más amplias y expansivas al cruzar fronteras nacionales, mientras que al mismo tiempo sus huellas se revelan en prácticas en los niveles infra-nacional y local, en lo que las ciencias sociales han definido como dinámicas “glocales” (Robertson, 2020).

Desde esta perspectiva se lograría asimismo superar la compartimentación académica, acercando plenamente a Brasil y el Caribe a las sociedades de habla hispana, como se ilustra en las discusiones sobre el exilio político o el papel del Foro de São Paulo y del chavismo en el surgimiento de iniciativas regionalistas multilaterales. O bien conceptualizar teóricamente el impacto formativo de fenómenos como el exilio y las diásporas de connacionales en el exterior. Por otra parte, una perspectiva transnacional permite resaltar procesos históricos de largo plazo que, articulados y proyectados por actores políticos, intelectuales y activistas, han afectado a toda la región o partes de ella, con impactos que se han extendido más allá de las fronteras de cada estado y sociedad distintos, creando tanto puentes amistosos y conflictivos entre ellos y recreando intermitentemente una sensación de conexiones regionales bastante intensas a través de las fronteras de los estados-nación.

Sobre el autor

Luis Roniger es sociólogo político comparativo, Catedrático Reynolds emérito de Estudios Latinoamericanos, Ciencia Política y Relaciones Internacionales en la Wake Forest University y emérito de Sociología y Estudios Latinoamericanos en la Universidad Hebreo de Jerusalén. Su trabajo se centra en la interfaz entre la política, la sociedad y la cultura pública. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran: (con Leonardo Senkman, Saúl Sosnowski y Mario Sznajder) *Exilio, Diáspora y Retorno: Transformaciones e impactos culturales en la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay* (2021) EUDEBA; *Perspectivas transnacionales sobre América Latina* (2022) Oxford University Press.

Referencias bibliográficas

- Achúgar, Hugo (ed.) (1998) *La fundación por la palabra: Letra y nación en América Latina en el siglo XIX*. Universidad de la República.
- Alonso, Ana María (1994) “The Politics of Space, Time and Substance: State Formation, Nationalism, and Ethnicity” *Annual Review of Anthropology*, 23: 379-405.
- Álvarez, Natalia; Oliva, Daniel y Nieves Zúñiga (eds.) (2009) *Declaración sobre los derechos de los pueblos indígenas. Hacia un mundo intercultural y sostenible*. Catarata.
- Anónimo (1928) “José Batlle y Ordóñez” en *Los Últimos Anos. Suplemento a la última edición del Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*. W.M. Jackson, 1928, tomo I.
- Ardao, Arturo (1980) *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Consejo Nacional de la Cultura.
- Ayala, Mario Hugo (2006) “Historia, cultura e ideología en el movimiento bolivariano venezolano” *Anacrónico@* (4): 1-15.
- Balibar, Etienne (2006) *Strangers as Enemies: Further Reflections on the Aporias of Transnational Citizenship*. Working Papers 06/4. McMaster University Globalization.
- Barros, Alonso (2015) “Revolución chilena, Litoral boliviano: La Patria, La Compañía de Salitres y los prolegómenos de la Guerra del Pacífico en el Desierto de Atacama” *Revista de antropología experimental*, 15: 483-520.
- Bauböck, Rainer (1994) *Transnational Citizenship: Membership and Rights in International Migration*. Edward Elgar.
- Bengoa, José (2000) *La emergencia indígena en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Ben-Rafael, Eliezer; Sternberg, Yitzhak; Bokser Liverant, Judith y Yosef Gorny (eds.) (2009) *Transnationalism. Diasporas and the Advent of a New (Dis)order*. Brill.
- Blumenthal, Edward (2019) *Exile and Nation-State Formation in Argentina and Chile, 1810-1862*. Palgrave Macmillan Transnational History Series.

- Blumenthal, Edward (2021) “El exilio y la codificación del derecho de asilo en América del Sur durante el siglo XIX” *Historia Regional*, 45: 1-15.
- Bohoslavsky, Ernesto y Magdalena Broquetas (2017) “Vínculos Locales y Conexiones Transnacionales del Anticomunismo en Argentina y Uruguay en las Décadas de 1950 y 1960” *Nuevo mundo, mundos nuevos*. doi: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70510>
- Bokser Liverant, Judit (2013) “Being National, Being Transnational: Snapshots of Belonging and Citizenship” en Sznajder, Mario; Roniger, Luis y Carlos A. Forment (eds.) *Shifting Frontiers of Citizenship: The Latin American Experience*. Brill, pp. 343-365.
- Bokser Liverant, Judit (2021) “Globalization, Diasporas and Transnationalism: Jews in the Americas” *Contemporary Jewry*, 41: 711-753.
- Bokser Liverant, Judit (2025) *National and Transnational Paths of Latin American Jews. Modernity, Community, Society, and the State*. Brill.
- Breña, Roberto (2023) “Revoluciones hispánicas e historia atlántica en español (Ensayo crítico-bibliográfico sobre un menospicio lingüístico injustificable)” *Revista Wirapuru*, 7: 1-12.
- Caimari, Lila (2016) “News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866–1900” *The Hispanic American Historical Review*, 96(4): 607-640.
- Carmeselle-Pesce, Pedro y Debbie Sharnak (eds.) (2023) *Uruguay in Transnational Perspective*. Routledge.
- Casaús Arzú, Marta Elena (1992) *Guatemala. Linaje y racismo*. Flacso.
- Casaús Arzú, Marta Elena (2006) “Las redes intelectuales centroamericanas y sus imaginarios de nación (1890-1945)” *Circunstancia* (9).
- Casaús Arzú, Marta Elena y Teresa García Giráldez (2005) *Las redes intelectuales centroamericanas: Un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*. F&G Editores.
- Chaouch, Malik Tahar (2007) “La teología de la liberación en América Latina: una relectura sociológica” *Revista Mexicana de Sociología*, 69(3).
- Collyer, Michael (2017) “Diasporas and Transnational Citizenship” en Shachar, Ayelet; Bauböck, Reiner; Bloemraad, Irene y Maarten Vink (eds.) *The Oxford Handbook of Citizenship*. Oxford University Press, pp. 576-598.
- DellaPergola, Sergio (2021) “Jewish Populations, Migrations, and Identities in the Americas: The Shared and the Particular” *Contemporary Jewry*, 41: 755-791.
- Demélas, Marie-Danielle (2003) *La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX*. Institut français d'études andines/Instituto de estudios peruanos.
- Derby, Lauren (1994) “Haitians, Magic, and Money: Raza and Society in the Haitian Dominican Borderlands, 1900 to 1937” *Comparative Studies in Society and History*, 36(3): 488-526.
- Derby, Lauren (2009) *The Dictator's Seduction*. Duke University Press.

- Domingues, José Mauricio (2009) “Modernity and Modernizing Moves: Latin America in Comparative Perspective” *Theory, Culture and Society*, 26: 208-227.
- Dorais, Geneviève (2021) *Journey to Indo-América: APRA and the Transnational Politics of Exile, Persecution, and Solidarity, 1918-1945*. Cambridge University Press.
- Duffau, Nicolás y Ana Frega (2023) “Artigas and the Formation of Uruguay: A Transnational Look” en Pedro Carmeselle-Pesce y Debbie Sharnak (eds.) *Uruguay in Transnational Perspective*. Routledge, pp. 35-53.
- Earle, Rebecca (2005) “Sobre Héroes y Tumbas: National Symbols in Nineteenth-Century Spanish America” *Hispanic American Historical Review*, 85(3): 375-416.
- Franco, Jean (1970) *The Modern Culture of Latin America. Society and the Artist*. Penguin Books.
- Friedman, Max y Núria Vilanova (en prensa) *Transnational Humans and Transnationalism in the Humanities: Crossing Boundaries in the Americas*. University of New Mexico Press.
- Fusco, Coco (1995) *English is broken here. Notes on Cultural Fusion in the Americas*. The New Press.
- Gänger, Stephanie (2020) *A Singular Remedy: Cinchona Across the Atlantic World, 1751-1820*. Cambridge University Press.
- García, Claudia (2014) “The Past in the Present. The Social Construction of Miskitu Identity in Sandinista Nicaragua” en Roniger, Luis y Tamar Herzog (eds.) *The Collective and the Public in Latin America*. Sussex Academic Press, pp. 95-114.
- García Giráldez, Teresa (2005) “La Patria Grande Centroamericana: La elaboración del proyecto nacional por las redes unionistas” en Casaús Arzú, Marta y Teresa García Giráldez (eds.) *Las redes intelectuales centroamericanas: Un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*. F&G Editores, pp. 123-205.
- Gobat, Michel (2013) “The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy, and Race” *American Historical Review*, 118(5): 1345-1375.
- Gobat, Michel (2018) *Empire by Invitation*. Harvard University Press.
- Goebel, Michael (2013) *Overlapping Geographies of Belonging: Migrations, Regions, and Nations in the Western South Atlantic*. American Historical Association.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar (2015) *Independencias Iberoamericanas. Nuevos problemas y aproximaciones*. Fondo de Cultura Económica.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar (2018) “Primeras iniciativas de regulación global de las migraciones: Estanislao Zeballos y la doctrina argentina del “derecho privado humano” (1873-1923)” *História Unisinos*, 22(2): 170-184.
- Guerra, François-Xavier (1993) *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Fondo de Cultura Económica/MAPFRE.
- Halperin Donghi, Tulio (2000) “Party and Nation- State in the Construction of Collective Identities: Uruguay in the Nineteenth Century” en Roniger, Luis y Tamar Herzog (eds.) *The Collective and the Public in Latin America*. Sussex Academic Press, pp. 158-173.

- Imaz, José Luis de (1979) *Sobre la identidad iberoamericana*. Sudamericana.
- Jensen, Silvina (2021) “Los exilios políticos argentinos como objeto historiográfico. Diálogos inconclusos con la Historia Política y la Historia Reciente” *Anuario del Centro de Estudios Históricos Carlos S.A. Segreti*, 21(1): 72-93.
- Kacowicz, Arie (2005) *The Impact of Norms in International Society: The Latin American Experience, 1881-2001*. University of Notre Dame Press.
- Keck, Margaret y Kathryn Sikkink (1998) *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Cornell University Press.
- Lastra, Soledad (2016) *Volver del exilio: Historia comparada de las políticas de recepción y asistencia en las posdictaduras de la Argentina y Uruguay (1983-1989)*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Lehmann, David (2022) *After the Decolonial. Ethnicity, Gender and Social Justice in Latin America*. Polity Press.
- Lessa, Francesca (2022) *The Condor Trials: Transnational Repression and Human Rights in South America*. Yale University Press.
- López Plaza, Angélica (2018) “Redes intelectuales en Repertorio Americano” en Oliva Medina, Mario y Laura Beatriz Moreno Rodríguez (coord.) *Exilio y presencia: Costa Rica y México en el siglo XX*. UNAM/Universidad Nacional de Costa Rica, pp. 259-287.
- Maíz, Claudio y Álvaro Fernández Bravo (eds.) (2009) *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*. Prometeo.
- McSherry, J. Patrice (2002) “Tracking the Origins of a State Terror Network: Operation Condor” *Latin American Perspectives*, 29(1): 38-60.
- Mejía Flores, José Francisco y Mario Ayala (coords.) (2023) *Miradas sobre asilos y exilios de América del Sur en México durante la Guerra Fría*. Secretaría de Relaciones Exteriores/Dirección General del Acervo Histórico Diplomático.
- Melgar Bao, Ricardo (2021) *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina, 1934-1940*. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.
- Miller, Nicola y Stephen Hart (eds.) (2007) *When Was Latin America Modern?* Palgrave Macmillan.
- Mörner, Magnus (1967) *Race Mixture in the History of Latin America*. Little Brown.
- Moya, José (2018) “La migración y la formación histórica de América Latina en una perspectiva global” *Sociologías*, 20(49): 24-68.
- Overmyer-Velázquez, Mark y Enrique Sepúlveda III (2018) *Global Latin(o) Americanos. Transoceanic Diasporas and Regional Migrations*. Oxford University Press.
- Palomino, Pablo (2020) *The Invention of Latin American Music: A Transnational History*. Oxford University Press.
- Palacios, Marco (coord.) (2009) *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*. Grupo Editorial Norma.

- Pettinà, Vanni (2018) *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. Colegio de México.
- Pineda, Baron (2006) *Shipwrecked identities. Navigating Race on Nicaragua's Mosquito Coast*. Rutgers University Press.
- Piker, Kristina y Julieta Rostica (2021) *Confrontación de imaginarios. Los anti-imperialismos en America Latina*. CLACSO/Conacyt/Instituto Mora.
- Pita González, Alejandra (comp.) (2016) *Redes intelectuales en América Latina durante la entreguerra*. Universidad de Colima/Porrúa.
- Pivel Devoto, Juan E. (2004) *De la leyenda negra al culto artiguista*. Ministerio de Educación y Cultura.
- Podgorny, Irina (2013) “Travelling Museums and Itinerant Collections in Nineteenth-Century Latin America” *Museum History Journal*, 6(2): 127-146.
- Podgorny, Irina (2022) *Desubicados*. Beatriz Viterbo.
- Preuss, Ori (2011) *Bridging the Island: Brazilians' Views of Spanish America and Themselves, 1865–1912*. Iberoamericana.
- Preuss, Ori (2016) *Transnational South America*. Routledge.
- Rivera, Salvador (2014) *Latin American Unification. A History of Political and Economic Integration Efforts*. McFarland and Company.
- Roberts, Kenneth M. (2006) “Populism, political conflict, and grassroots organization in Latin America” *Comparative Politics*, 38(2): 127-148.
- Robertson, Roland (2020) “The Glocal Turn” en Rossi, Ino (ed.) *Challenges of Globalization and Prospects for an Inter-Civilizational World Order: Theories, Processes and Perspectives from the Global North and Global South*. Springer, pp. 25-38.
- Rogers, Nicholas (2002) “Caribbean Borderland: Empire, Ethnicity, and the Exotic on the Mosquito Coast” *Eighteenth Century Life*, 26(3): 121-122.
- Roniger, Luis (2008) “Uruguay 1770s-1880s” en Herb, Guntram H. y David H. Kaplan (eds.) *Nations and Nationalism. A Global Historical Overview*, vol. 1. ABC-CLIO, pp. 393-403.
- Roniger, Luis (2011) *Transnational Politics in Central America*. University Press of Florida.
- Roniger, Luis (2017) “Formación nacional y transnacionalismo: La historia conexa de América Central” *e-l@tina, Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, 15(59): 36-54 [en línea]. Disponible en: <<http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/2223>>
- Roniger, Luis (2022) *Transnational Perspectives on Latin America: The Entwined Histories of a Multistate Region*. Oxford University Press.
- Roniger, Luis (2023) “Forced Migration and Exile: Analytical and Historical Perspectives” en Feldmann, Andreas E.; Bada, Xóchitl; Durand, Jorge y Stephanie Schütze (eds.) *The Routledge History of Modern Latin American Migration*. Routledge, pp. 172-185.
- Roniger, Luis; Senkman, Leonardo; Sosnowski, Saúl y Mario Sznaider (2022) *Exilio, diáspora y retorno: Transformaciones e impactos culturales en Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.

- Roniger, Luis y Mario Sznajder (2008) “Los antecedentes coloniales del exilio político y su proyección en el siglo XIX” *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 18(2): 31-51.
- Rosenblum, Marc R. y Daniel J. Tichenor (eds.) (2012) *The Oxford Handbook of the Politics of International Migration*. Oxford University Press.
- Sáenz Carrete, Erasmo (2014) “El exilio brasileño en Chile, Francia y México: La teoría de la dependencia” *II Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el Siglo XX* [en línea]. Disponible en: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4003/ev.4003.pdf>
- Schroeder, Michael J. (2019) “Digital Resources: The Sandino Rebellion Digital Historical Archive, Nicaragua, 1927-1934” *Latin American History*. doi: <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199366439.013.77>
- Sikkink, Kathryn (2011) *The Justice Cascade: How Human Rights Prosecutions are Changing World Politics*. W.W. Norton.
- Smith, Jeremy (2015) “Grounds for Engagement: Dissonances and Overlaps at the Intersection of Contemporary Civilizations Analysis and Postcolonial Sociology” *Current Sociology*, 63(4): 566-585.
- Stites-Mor, Jessica (2013) *Human Rights and Transnational Solidarity in Cold War Latin America*. University of Wisconsin Press.
- Stites-Mor, Jessica (2022) *South-South Solidarity and the Latin American Left*. University of Wisconsin Press.
- Stolle-McAllister, John (2019) *Intercultural Interventions: Culture, Politics and the Environment in the Otavalo Valley*. Cambria Press.
- Sznajder, Mario y Luis Roniger (1999) “The Crises Beyond Past Crisis: The Unsolved Legacy of Human-Rights Violations in the Southern Cone” *Human Rights Review*, 1(1): 48-68.
- Sznajder, Mario y Luis Roniger (2013) *La política del destierro y el exilio en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Sznajder, Mario; Roniger, Luis y Carlos Forment (2013) *Shifting Frontiers of Citizenship: The Latin American Experience*. Brill.
- Tenorio-Trillo, Mauricio (2018) “Latinoamérica. El encanto y el poder de una idea” *Prismas*, 22(2): 204-235.
- Turits, Richard Lee (2002) “A World Destroyed, A Nation Imposed: The 1937 Haitian Massacre in the Dominican Republic” *Hispanic American Historical Review*, 82(3): 589-635.
- Turits, Richard (2003) *Foundations of Despotism: Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History*. Stanford University Press.
- Velázquez, María Elisa (ed.) (2011) *Debates históricos contemporáneos. Africanos y afrodescendientes en México y Centroamérica*. Centro de estudios mexicanos y centroamericanos.

- Vicuña Mackenna, Benjamín (1880) *Historia de la campaña de Tarapacá: desde la ocupación de Antofagasta hasta la proclamación de la dictadura en el Perú*. Rafael Jover.
- Viz Quadrat, Samantha (ed.) (2011) *Caminhos cruzados*. Universidade Federal Fluminense.
- Wajner, Daniel y Luis Roniger (2019) “Transnational Identity Politics in the Americas: Reshaping “Nuestramérica” as Chavismo’s Regional Legitimation Strategy” *Latin American Research Review*, 54(2): 458-475.
- Whitehead, Neil L. (1995) *Wolves from the sea. Readings in the anthropology of the native Caribbean*. KITLV Press.
- Winn, Peter (1992) “A View from the South” en *Americas. The Changing Face of Latin America and the Caribbean*. University of California Press.
- Wolfe, Justin (2007) *The Everyday Nation-State: Community and Ethnicity in Nineteenth-Century Nicaragua*. University of Nebraska Press.
- Woodward Jr., Ralph Lee (1999) *Central America: A Nation Divided*. Oxford University Press.
- Wunderich, Volker (1989) *Sandino en la costa: De las Segovias al litoral Atlántico*. Editorial Nueva Nicaragua.
- Yankelevich, Pablo (comp.) (2009) *Nación y extranjería*. UNAM.
- Yankelevich, Pablo y Silvina Jensen (eds.) (2007) *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Libros del Zorzal.